

# Tercermundismo, aquí y ahora

EN estas mismas páginas (TRIUNFO, 717, 23 de octubre de 1976), Juan Goytisolo ha publicado un esclarecedor artículo que me ha movido, no a contestar ni polemizar, ya que estoy totalmente de acuerdo con lo que en él se afirma, sino a proseguir y ampliar el camino iniciado. No sé si ha sido ésta la intención de Juan Goytisolo, pero me ha parecido leer entre líneas una invitación a que todos los que en este país nos hemos preocupado por la cuestión del Tercer Mundo reflexionemos y nos cuestionemos por la ideología que ha subyacente en nuestro discurso anticolonialista. Considero, por otra parte, sin ningún género de vanidad intelectual, que tampoco debo de entrada mostrar mis títulos, pues publicados están, sino entrar directamente en materia sin mayor dilación.

Como otros muchos españoles de mi generación, inmersos en un mundo pequeño, provinciano, cerrado absolutamente a toda incitación inmediata y ante un horizonte tenebroso, descubrí la aventura y el riesgo de lo político ante el hecho fundamental de la segunda mitad de nuestro siglo: la revolución colonial. Y no se trataba de ningún tipo de escapismo, ni de "invitación al viaje"; era simplemente la certeza de que asistíamos a una empresa que no era un capítulo mínimo en el libro de la Historia; era el cierre y el punto final de cuatro siglos de hegemonía europea sobre tres continentes; el fin de una era; la "montaña mágica" de la dominación occidental.

Ser tercermundista en los años cincuenta era bello y gratificante: vivir día a día en Sierra Maestra y, en fugaces viajes, descubrir perplejo el racismo del pueblo francés y de sus dirigentes ante la imparable revolución argelina. El tercermundismo de aquellas fechas fue una excepcional universidad, taller de aprendizaje y de toma de conciencia política. Adornado, todo el conjunto, con su épica y con sus héroes correspondientes que, en modo alguno, eran una panoplia de símbolos a consumir, sino la realidad de unos hombres que luchaban por la emancipación de sus pueblos. Y, fatalmente, el colonialismo engendró una épica y parió unos héroes.

Luego vinieron otros hechos de magnitud superior. El ejercicio de la autodeterminación por los pueblos oprimidos no era solamente el fin de una época; era el inicio de un período mucho más trascendental

y trágico en el que los "condenados de la tierra" asumieron el protagonismo directo del gran combate en el que se dilucida el futuro de toda la Humanidad: la lucha contra el imperialismo. Los ejemplos de esta guerra de los cien años no faltan; bastan con dos: uno, el bloque impuesto por los Estados Unidos a la Cuba revolucionaria; otro, la agresión sufrida por los pueblos del Sudeste asiático. Ambas acciones imperialistas acabaron de la forma sabida: con la derrota del agente imperialista.

Este es el tercermundismo digerible, el que puede asimilarse cómodamente, instrumentalizar y mani-

al lado del pueblo palestino asesinado por sus hermanos árabes. Y algo más, muy importante: ser tercermundista elimina toda visión maniquea de un mundo dividido en un campo diabólico y otro angélico. Comprender y admitir que sobre el Tercer Mundo se abaten imperialismos de distinto signo; no tener rubor ni malicia para afirmar la conducta absolutamente reaccionaria de China Popular en Angola o en sus relaciones con la Junta Militar chilena; no ocultar a nadie que el sacrificio y la inmolación del pueblo palestino es la resultante lógica de la colusión entre Israel, Estados Unidos, la Unión Soviética y los

con el objetivo de implantar en tierras africanas las excelencias de la cultura francesa. Los españoles, cuando siglos antes, invocaban el deber de cristianar a los indígenas americanos. ¿Qué religión y civilización (europeas) fueron las dos grandes justificaciones de la expansión occidental? Ciertamente, no ignoro la apasionante corriente del anticolonialismo europeo, desde Bartolomé de las Casas a Raynal, por citar dos nombres arquetípicos. Pero tampoco puede desconocerse que fue una corriente minoritaria, tachada siempre de subversiva y antipatria. La moneda corriente fue, para atenerme al círculo que me interesa, precisamente la contraria. En nuestra centuria, la ignorancia de la socialdemocracia y la torpeza de la Tercera Internacional frente al problema colonial. Los partidos obreros afirmando, incluso después de 1945, que la independencia de los pueblos sometidos sería la consecuencia lógica del triunfo revolucionario del proletariado europeo. Un Mitterrand votando los créditos para la guerra de Argelia. Y, en España, después de 1939, no sólo eran colonialistas los que gritaban "¡por el Imperio hacia Dios!". ¿Cuándo se preocupó la izquierda española de la cuestión del Sahara, sino cuando ya la suerte estaba echada? ¿Por qué no se alza ninguna voz, salvo algún predicador solitario, que discuta la situación anómala de Ceuta y Melilla? O, volviendo la oración por pasiva, ¿es que la reivindicación sobre Gibraltar está manchada por el franquismo y sólo puede enarbolarla la derecha?

Esta y muchas más reflexiones sugiere el artículo de Juan Goytisolo, que, a mi juicio, apunta en definitiva a las dificultades que encierra el ser tercermundista aquí y ahora. Que, para mí, se enmarca en una sola e imponente dificultad: nuestra irrenunciable condición europea. Vaya por delante que no me siento acongojado por ninguna culpa histórica, ni comparto el pecado original colectivo del colonialismo europeo; que tampoco soy víctima de ningún complejo edípico frente al Tercer Mundo. Desde los comienzos de mi actividad intelectual pública hice mío, con mi postura y con mi pluma, un anticolonialismo militante.

Para mí, ser tercermundista, aquí y ahora, al mismo tiempo que europeo, pasa por la ruptura de un triple círculo que, por varios siglos de (mal) educación, tenemos muy en el fondo de nuestro yo sepulta-

## Roberto Mesa

pular, cierta izquierda cosmopolita europea, bien falta de recursos propios. Pero ser tercermundista, aquí y ahora, no supone exhibir en prendas de vestir a Ernesto Guevara, ni jugar a los guerrilleros en la Casa de Campo madrileña. La condición tercermundista es incómoda, porque no concluye en el momento de las victorias; no consiste solamente en enarbolar banderas triunfantes, es también integrarse en la derrota circunstancial y en la humillación permanente. Ser tercermundista no significa tampoco una beatífica admiración por todo lo que ocurre en la "zona de las tempestades"; exige un deber permanente de autocritica. No estar únicamente junto al Vietnam triunfante y a la Cuba de Playa Girón, sino estar también

Gobiernos reaccionarios árabes.

Podría decirse, en términos más sencillos, que el tercermundismo es una gimnasia intelectual permanente que obliga a un ejercicio continuo de autocritica y a desprenderse de una serie de tópicos e ideas heredadas del pasado. Pero, aparte lo saludable que resulta esta práctica aplicada a nuestro propio medio, apunta a otra cuestión que Juan Goytisolo describe muy lacónicamente: "Ser tercermundista es poseer la capacidad de abandonar la perspectiva eurocéntrica..."

Aquí no se libra nadie; todos los europeos, de una o de otra forma, hemos sido colonialistas. Los círculos ilustrados y progresivos franceses, cuando pregonaban las excelencias de la conquista de Argelia



También es ser racista sorprenderse de la victoria de los vietnamitas, amarillos y pequeños, frente a los norteamericanos, rubios y atléticos.



Una actitud tercermundista consecuente implica admitir que el sacrificio, la inmortalización del pueblo palestino pasa por la colusión entre Israel, Estados Unidos, la URSS y los Gobiernos reaccionarios árabes.

do. En primer lugar, el círculo, el mito, de la superioridad racial. El racismo no es sólo la caricatura sangrienta de Ian Smith; también es la discriminación frente a los trabajadores norafricanos en España; también es ser racista, aunque no lo parezca, sorprenderse de la victoria de los vietnamitas amarillos y pequeños frente a los norteamericanos rubios y atléticos. Ser racista es, en pocas palabras, pensar e incluso afirmar que la indolencia y la lujuria árabes nada pueden contra la eficacia israelí. El racismo es un veneno muy sutil y muy peligroso, porque, en el fondo, halaga constantemente la primacía del hombre blanco. En este sentido, hay que entender, en un sentido racista, sin miedo al calificativo, el paternalismo del progresista europeo ante el Tercer Mundo; el papel de consejero aúlico que, sin petición de parte interesada, se irrogan mayestáticamente los revolucionarios de salón.

El segundo círculo a romper es el del dominio económico. Aquí, evidentemente, la tarea es mucho más difícil, puesto que su fractura no es un mero ejercicio voluntarista, sino que depende del combate dialéctico entre pueblos y Gobiernos. Pero, pese a ello, no debe caerse en mecanicismos complacientes. La superioridad económica occidental no es un regalo de los dioses, sino el resultado de centurias de sangría y explotación permanentes; aún más: la superioridad económica no es tal si se recuerda qué pueblos poseen, pero no disfrutan, las materias primas. De lo que realmente se trata es de

la superioridad tecnológica. Y como este triple círculo está totalmente confundido en sus componentes, de la mentada superioridad tecnológica se desemboca de nuevo en la racial. Y es que, en definitiva, el desnivel económico, por otra parte, se traduce en el más alto grado de tecnología, del grado de explotación, que, en modo alguno, significa una civilización mejor. Resucita, con otra apariencia, el viejo mito del hombre blanco, del "sabio", con respecto a culturas pretendidamente inferiores. El subdesarrollo no es la fácil receta de Norte frente a Sur, es el resultado de una opresión total que se llamó colonialismo. Su versión actual es el llamado neocolonialismo que, en lo referente a la cuestión tecnológica, métodos de trabajo e investigación cuyo aprendizaje le está vedado al hombre del Tercer Mundo, es también una cuestión de patentes. Una fórmula distinta, más sofisticada y acorde con los tiempos, de perpetuación de los mecanismos de dependencia.

El tercer círculo que debe hacer saltar en pedazos el tercermundista de hoy es el cultural. Quizá sea el más arraigado y pérfido de los tres, pues de todos ellos es el que más fondo desacraliza la imagen acuñada del buen educador europeo frente al buen salvaje. No se trata, como errónea y paternalmente se ha intentado en más de una ocasión, de hacer donación misional de la cultura europea, occidental, a los pueblos "aculturalizados". Es algo bastante más simple y directo: admitir, reconocer la existencia de áreas culturales distintas (anterio-

res, contemporáneas o posteriores a la del colonizador). En este círculo hay que batallar no sólo contra el mal causado en plena época hegemónica, sino el que se continúa haciendo actualmente por medio de los canales difusores (manipuladores) de la cultura en Occidente. ¿Qué sabemos de las culturas precolombinas? ¿Qué se ha hecho, salvo la excepción de Needham o los trabajos de Etiemble, por divulgar los logros históricos de la civilización china? ¿Qué traducción castellana hay de Ibn Jaldún, uno de los padres fundadores de la Sociología? Si miramos hacia el campo literario, ¿es que al lector culto español le dicen algo los nombres de los poetas Nizar Kabbani y Mahmud Darwis, de los novelistas Tawfig al-Haquim y Zakariya Tahir, o de un autor teatral como Yusuf al-Ani? ¿Qué comentarios ha suscitado en nuestro país el magnífico ensayo de Martínez Montávez, *Introducción a la literatura árabe moderna*, que, en opinión de Jacques Berque, es único en una lengua occidental? No sólo se ignoran las culturas exteriores, sino que, algo más grave, se sepultan en el silencio los intentos por darlas a conocer y emplazarlas en su justo lugar.

El combate contra estos tres círculos de hierro debe realizarlo el tercermundista, aquí y ahora, desde tres niveles distintos y complementarios. Como ya hace tiempo que perdí el miedo al Verbo, no vacilaré en recurrir a vocablos desprestigiados. El primer nivel es, sencillamente, el ético. Es preciso subrayar permanentemente la justicia del combate emprendido por los pueblos tricontinentales; no es cuestión, aunque pudiera darse el caso, de una venganza histórica. Las cosas son bastante más simples: los pueblos del Tercer Mundo quieren y deben recuperar su identidad, la integridad de su destino. Integridad que es política, económica y social. No basta con la independencia por medio de un Gobierno más o menos representativo. La independencia política no es nada sin la recuperación de la propiedad sobre sus recursos económicos. Cuando se produce un alza en el precio de los crudos, por encima del circunstancial enriquecimiento de algún soberano feudal, hay que ser consciente de que los beneficios consumistas de una sociedad materializada no pueden mantenerse mientras que haya pueblos que aún se encuentran en fases históricas de mera supervivencia.

El segundo nivel de lucha es el cultural, pero evitando el papanatismo de lo exótico y del paisaje pintoresco; también hubo y hay un turismo revolucionario que ha causado grave daño a la empresa tercermundista. Reivindicar culturas ajenas no equivale a renunciar a la propia; también aquí tenemos ejemplos a seguir, como el caso de

Anuar Abdel-Malek señalando la trascendencia de Robespierre y del jacobinismo en la formación de la conciencia nacional egipcia. No preconizo, tampoco, un absurdo y cómodo sincretismo, sino la asunción de una comunidad cultural diversa; si la expresión no pareciera rebuscada y frívola, hablaría de un ecumenismo cultural.

El tercer y último nivel de lucha, el más evidente, es el político; por su simpleza, no parece necesario profundizar, ni dar mayores explicaciones. Sin embargo, no estará de más insistir una vez más en que el futuro del hombre —sí, también del hombre blanco— se está jugando en el Tercer Mundo. Ahora bien, la solidaridad real con la lucha de los pueblos oprimidos no puede, ni debe, practicar la fe del carbonero. Ya he hablado antes de un apoyo crítico. Con otras palabras más directas: es imprescindible que el tercermundista, aquí y ahora, tome partido en el seno mismo del Tercer Mundo que, en modo alguno, es cortejo angélico. Así como hay imperialismos de signo diverso y objetivos coincidentes, también hay subimperialismos tercermundistas. Pero iré más allá con unos ejemplos que clarifiquen toda duda. Si yo critico y rechazo los modelos burocráticos de las democracias populares, de igual forma he de condenar los modelos de burocratismo oriental (egipcio y chino, por citar dos casos) o las experiencias adormecedoras del partido único (como ocurre en Irak y Argelia). Si rehúso las formas despóticas para mí, no puedo justificar teóricamente los liderazgos personales en otros hemisferios; si combato la tortura y la pena de muerte en España, no puedo guardar un pudoroso silencio ante las ejecuciones públicas en Damasco. Por encima de las deformaciones de los medios de comunicación de masas occidentales, no puedo llamar crimen al delito del enemigo y error el crimen cometido por el presunto amigo. Es decir, hay que ejercitar la virtud intelectual de la coherencia.

No piense el sector que propugna un tercermundista ejemplar, profético, testimonial y moralista, lo cual, por otra parte, también sería mala cosa. Considero, y aquí concluyo, que el tercermundista, aquí y ahora, tiene que practicar de una forma política (es decir, racional y críticamente) el viejo deber, un tanto olvidado, de la solidaridad internacional, de la solidaridad entre los pueblos. Quizá sea atribuir una función excesiva a las posibilidades limitadas de la actividad intelectual. Si es imposible, llegar tan alto que, por lo menos, cumpla su misión de agitador, de conciencia incómoda. Por otra parte, no veo motivo alguno para renunciar de entrada a lo que siempre ha caracterizado al intelectual: el sueño con la Utopía. ■ R. M.